

10

DISERTACION  
HISTÓRICO-CRÍTICA  
DEL MISMO AUTOR,

en que se comprueba la milagrosa  
aparicion de nuestra Señora  
de Guadalupe.

§. I.

*Expónense los motivos que obligaron á es-  
cribir esta disertacion.*

La soberana imágen de Guadalupe de Méjico, cuyo celestial origen y milagrosa aparicion se mantuvo por mas de un siglo en la memoria y culto reverente de los americanos por medio de la tradicion, comenzó á publicarse, ya por las historias impresas, ya por el descubrimiento de algunos manuscritos sepultados ántes en el olvido, desde el año de 1640 en adelante. Tuvo la gloria de ser el primero que la diera á las prensas el licenciado Miguel Sanchez año de 1648 en nuestro idioma es-

93

pañol, y en el meicano el bachiller Luis Lazo de la Vega año de 1649. En estilo mas claro é historial publicó otra relacion el padre Mateo de la Cruz de la compañía de Jesus el de 1660, y el de 1675 el licenciado Luis Becerra Tanco. Dióse tambien á la estampa una historia puntual y precisa de este milagro en idioma italiano el año de 1681 por Anastasio Nicosseli. Recogió con exquisita eleccion cuanto habia de interesante en estas, y aventajó á las demas por lo singular de las noticias, por lo sólido y oportuno de las reflexas, y por lo castizo del estilo, el padre Francisco de Florencia en la historia que intituló *Estrella del Norte de Méjico*, impresa la primera vez en esta Corte el año de 1688, y después en Barcelona el de 1741. Comenzaron á descubrirse desde el citado año de 1648 por el desvelo de Sanchez y Tanco, por el erudito cuidado del célebre Don Carlos de Sigüenza y Góngora muchos preciosos manuscritos de los meicanos, que despues de todo hubieran ó consumido la polilla y el gusano, ó sepultado en el polvo y el olvido el descuido y el tiempo, si la laudable piedad del devotísimo Guadalupeano Don Lorenzo Boturini, á costa de trabajosas tareas, viages y diligencias

extraordinarias, no hubiera colectado muchos de ellos.

Hallábanse estos preciosos monumentos (después de varios adversos incidentes de Boturini, en que perecieron muchos) casi olvidados ó ignorados del público, en uno de los archivos de los oficios de gobierno, hasta que el excelentísimo ilustrísimo y eminentísimo señor doctor Don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de la santa iglesia de Toledo y ántes de esta de Méjico, se interesó para que de aquel archivo pasaran en custodia y depósito al de la real y pontificia universidad. Este ilustre prelado, que supo unir á las continuas penosas tareas de un pastor vigilante el ameno y curioso estudio de un sabio erudito, meditó y puso por obra el designio de dar á luz un nuevo compendio de la historia de nueva España en las cartas del héroe incomparable Don Fernando Cortés, ilustrándolas con oportunas y útiles anotaciones: á este fin trabajó con increíble desvelo en solicitar y descubrir antiguos monumentos de las Indias, y recogió los que tenemos dichos del caballero Boturini, y entre estos muchos relativos á la aparición Guadalupeana, de los que después se dará una puntual noticia.

Pero reflejando yo en que, por la escasez de los eemplares de las historias impresas de esta milagrosa aparición, y por lo raro y exquisito de los pocos documentos manuscritos que han podido conservarse para su comprobacion, ignoraba el público muchas cosas importantes, que podían servir ó de confirmarle, ó de asegurarle mas en la piadosa creencia de este portentoso, meditaba muchas veces dedicarme á formar una noticia ordenada y puntual de los testimonios mas autorizados y conducentes del milagro. Retardaron muchos dias la egecucion de mi deseo la dificultad de la empresa y las ocupaciones de un penoso ministerio, que me impedían aplicarme á un trabajo que demanda mucho tiempo para buscar y registrar papeles, para ordenarlos y discurrir sobre ellos con una madura reflexion, hasta tanto que encargado de predicar en una de las solemnes festividades de María santísima de Guadalupe (1); me pareció esta ocasion oportuna para formar (cuanto permiten los estrechos limites de esta clase de oraciones) un diseño ó bosquejo de mi meditada idea con el designio de que otro de mayores luces y erudicion perfeccionara lo que yo no me atrevia á emprender. O sea que las noticias que en ella

expuse parecieron mas raras y dignas de conservarse en la memoria, ó que les diera el mérito de exquisitas la desgracia de estar olvidadas, ó lo que es mas cierto que la tierna piedad ácia esta soberana imágen califica por digno de aprecio cuanto la fomenta sin tropezar en aquellos defectos que ofenden el buen gusto del entendimiento, cuando no lastiman la devocion de la voluntad; juzgaron muchas personas de autoridad y respeto que debia publicarse aquella oracion. Mas como en ella se toquen incidentalmente y de paso las reflexas que pueden disipar algunas escrupulosas dudas, y satisfacer á ciertos críticos reparos sobre la aparicion Guadalupeana, apuntándose solo ligeramente los documentos mas autorizados de su comprobacion, me obligaron con persuasiones, que estaban muy cerca de parecer preceptos, á que expusiera en una disertacion con mas extension y claridad aquellas reflexas y documentos. Pesaron mas en mi ánimo el justo respeto á aquellas insinuaciones, y el piadoso deseo de contribuir en algun modo al mayor culto de este amable portento, que las dificultades y embarazos en que aun ántes de la pluma comenzaba á tropezar la idea. Dedicuéme pues á un trabajo á que solo podia destinar ciertas

horas, que interrumpian muchas veces las precisas fatigas del cargo parroquial, y que hurtaba al descanso (método de trabajar mas penoso, y que resfriando con las interrupciones la idea y la pluma, desluzce en mucha parte lo trabajado) y resolví finalmente que se publicara juntamente con el sermón ésta que he llamado *disertacion historico-crítica* por los puntos históricos y críticos que en ella se tratan.

No es esta disertacion una defensa del milagro, porque solo este nombre sería injurioso á la sólida y constante veneracion que se le tributa: ni quiero que se recomiende mi trabajo ó por la novedad de las especies, que en esta materia serían sospechosas, ó por lo exquisito de las noticias, ó delicadeza del discurso; porque no he tenido otro objeto que reducir á un breve compendio lo que se halla esparcido en varias obras, y sacar de la obscuridad del olvido algunos preciosos documentos tributando á nuestra adorable patrona María santísima de Guadalupe, á mi patria, y á las personas que á esto me obligaron un oficio de mi amor, de mi gratitud y mi respeto.

Y aunque sería inútil trabajo hacer una difusa puntual relacion de un suceso que saben aun los mas rudos é ignorantes,

y que aprenden los niños casi con las primeras letras; no obstante aquella complacencia que naturalmente siente el corazón en que se le repita muchas veces lo que le agrada me obliga á hacer un dulce ligero recuerdo del singular milagro de la aparición.

§. II.

*Dase una breve noticia del suceso y circunstancias de la aparición de Guadalupe.*

Contabanse diez años y poco ménos de cuatro meses de la conquista temporal de Méjico á los fines del año de 1531, cuando la adorable Providencia quiso servirse de un prodigio de su amor y de su poder para su espiritual reduccion y conquista. No estaba aun bien apagado el fuego de aquella guerra que trajo á la América septentrional la mas tranquila y dulce paz; trabajaban los primeros esforzados españoles, bajo las órdenes del prudente, valeroso é invicto Don Fernando Cortés, unos en arreglar lo conquistado, otros en nuevas conquistas, y los ministros evangélicos en sembrar y cultivar en el fecundo terreno de los indios la sagrada semilla del evangelio. Los religiosos

franciscanos (dignos de ser venerados como los apóstoles de este nuevo mundo) llevaban por varias partes de él el nombre y la religion de Jesucristo, y establecidos en *Tlaltitlco*, barrio principal de esta ciudad, se empleaban gloriosamente en predicar y enseñar á los indios que de todas las riberas de Méjico acudian á ellos para ser catequizados é instruidos. Entre estos venia frecuentemente á *Tlaltitlco* á oír la santa misa y explicacion de la doctrina cristiana un indio pobre y plebeyo, que ántes de su conversion se llamó *Quauh-tlatoatzim*, y en el bautismo tomó el nombre de Juan Diego. Era natural de *Quauh-titlan*, pueblo que dista seis leguas de Méjico al norte, y vecino de *Tolpetlac*, distante dos leguas de esta ciudad (2). En el rumbo que traia Juan desde su pueblo á *Tlaltitlco*, al norte de Méjico y á una legua de distancia se levanta una pequeña montaña ó cerro, que internándose y acercándose mas á la ciudad que los otros que rodean el valle en que está situada, fué llamada de los indios *Tepeyacac*, que quiere decir *extremo ó punta de los cerros*, y literalmente traducida la voz *nariz de los cerros*. Esta inculta montaña, hendida en varias partes desde la falda á la cumbre, no presenta sino quiebras y estériles ris-

cos que no producen mas que secos abrojos y espinas. Por él pasaba Juan, el sabado 9 de diciembre de 1531, subiendo por la parte del oriente, y al descender la cuesta por la falda que mira al occidente le sorprendieron por los ojos y por los oídos una música dulce y armoniosa, y un arco iris de varios hermosos colores formado de los reflexos de una brillante luz. Acercóse con aquel valor que dan la piedad y la inocencia de costumbres, y levantando los ojos descubrió una hermosísima Señora en aquella forma y trage en que se venera su imagen, que llamándole con dulces voces (3) le mandó subiese á lo alto, donde ella estaba. *Hijo mio Juan*, le dijo, ¿donde vas? El indio respondió, que iba al barrio de Tlatilolco á asistir á la explicacion de la doctrina y oír la Misa que decian aquel dia en honor de la Virgen Santísima. "Hijo mio (le dixo la Señora) yo soy la siempre Virgen María, madre del verdadero Dios, autor de la vida, criador de todo y Señor de cielo y tierra. . . . es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como piadosa madre tuya y de tus semejantes mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales y de aquellos que me aman

»y buscan, y de todos los que solicitaren  
 »mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones, y donde oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad has de ir á la ciudad de Méjico y al palacio del obispo que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es gusto mio que me edifique un templo en este lugar, y le referirás cuanto has visto y oído; y ten por cierto tú que te agradeceré lo que por mi hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mio, mi deseo, vete en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que puedas." Prometió humildemente obedecer, y egecutó el indio embajador con puntualidad y presteza el orden de la madre de Dios. Llegó al palacio del Ilustrísimo Señor Don Fray Juan de Zumárraga, y puesto en su presencia, le refirió sencilla y puntualmente el orden de María Santísima con lo demas que hemos referido. Y aunque el V. obispo oyó con admiracion suceso tan extraño, haciéndole varias preguntas sobre él, sospechando en el indio ó alguna imaginacion soñada, ó alguna ilusion maliciosa,

le despidió remitiendo para otro tiempo mas oportuno la respuesta.

Desconsolado y triste caminaba Juan Diego al declinar la tarde del día 9 por el acostumbrado rumbo á *Tolpetlac*, y llegando al lugar en donde habia visto y hablado á la reyna del cielo, levantó no sin pena los ojos, y vió que la Señora aguardaba en el mismo sitio la respuesta. Expresóle Juan la benignidad con que le habia recibido y escuchado el obispo; pero añadió, que colegía de la tibieza con que le despidió, reservando á otro tiempo el exámen del caso, que no dando crédito á su embajada, la atribuía á ilusion ó capricho suyo; que por tanto encomendara este negocio á persona noble, principal y autorizada, y no á él pobre, humilde y villano. "No me faltan, hijo mio muy amado (respondió con dulce voz la Virgen Santa) sirvientes y criados á quienes mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harian lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y le solicites, y por intervencion tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y así te ruego, hijo mio, y te ordeno que vuelvas mañana á ver y hablar al obispo, y le digas que me libre

"el templo que le pido, y que quien te envia es la Virgen María Madre del Dios verdadero." El siguiente dia domingo, despues de cumplir el humilde Juan Diego con la asistencia á la santa Misa y á la explicacion de la doctrina cristiana en el templo de *Tlaltilolco*, ocurrió á la casa del obispo, y despues de aguardar mucho tiempo consiguió verle y repetirle el órden de la Madre de Dios protestando con humildes lágrimas su verdad, y que volvía solamente por obedecer á la Señora.

Hizo mucha impresion en el cuerdo y sabio ánimo de aquel prelado el nuevo mensaje, considerando justamente, que la repetida instancia de Juan, á pesar de la genial pusilanimidad de los indios, indicaba un superior impulso. Repreguntóle muchas veces la substancia y circunstancias del suceso, y resueltamente le dijo: que negocio tan grave no podia acreditarse con su simple dicho; que respondiese á la Señora que le enviaba, que le diese alguna señal que confirmara ser ella la autora de su embajada, y que era su voluntad lo que decia. Prometió Juan con sencilla entereza volver á la Señora y pedir la señal como se le mandaba; y el obispo, no poco admirado de la prontitud y segu-

ridad de la promesa, siempre cuidadoso de no caer en el extremo de una ligera credulidad, ó en el de una nímia desconfianza, aunque despidió al indio con aspereza, ordenó á dos familiares suyos de fidelidad y juicio que le siguieran disimuladamente hasta el puesto que él señalaba de la aparicion de la santa Virgen, y observaran lo que pasase para seguro desengaño de la verdad ó falsedad del mensagero. Siguiéronle en efecto á lo lejos, pero sin perderle de vista y sin ser vistos de él; mas luego que pasaron el puente cercano al cerro, y llegaron á la que hoy es plaza de la villa, se les desapareció repentinamente. Rodearon el cerro, registraron sus cuevas y quiebras; pero en vano, porque nada vieron ni oyeron de lo que deseaban.

Avergonzados los criados, y casi corridos de ver burlada su diligencia, atribuyeron esto á una de aquellas obras de hechicería, de que los españoles (las mas veces sin causa) notan á los indios. Ponderaron su sospecha al obispo, cuyo ánimo procuraban irritar contra Juan Diego, solicitando en su descrédito la venganza de la que ellos imaginaban irision con que los había engañado. Entretanto Juan Diego subia á la cumbre del cerro en

donde le aguardaba María Santísima, y humillado en su presencia le refirió cuanto le habia pasado con el obispo, las muchas preguntas que le habia hecho y la respuesta que por último habia dado reducida á que la Señora, para acreditar ser suya la embajada, le enviase alguna señal de ser la Madre de Dios quien le enviaba, y quien ordenaba se le fabricase templo en aquel sitio. Yo, Señora, (concluyó Juan Diego) le prometí pedirte la señal, mándame tú ahora lo que debo egecutar. "Hijo Juan (le dijo con la mas tierna afabilidad la Señora) vuelve mañana á verme, y yo te daré señal que baste á que den crédito á tus palabras, y á que seas despachado favorablemente. Ven, pues, mañana á este mismo lugar, y no te olvides."

No sosegaba en este tiempo el V. Zumárraga, crecian sus sospechas contra Juan Diego con las informaciones de sus familiares sobre lo acaecido últimamente; pero estaban altamente impresas en su ánimo la entereza, las instancias del mensagero, y aquel carácter de sinceridad que se deja, no sé como, traslucir en las palabras y en el semblante; aumentóse esta interior batalla de sus dudas, porque en todo el dia siguiente lunes no habia

vuelto Juan Diego con la respuesta. La causa de la demora fué, que llegando este á su casa el domingo halló gravemente enfermo de una aguda y peligrosa fiebre, que los indios llaman *cocolliztli*, á un tío suyo nombrado Juan Bernardino. Todo el día lunes empleó en solicitar médico y medicinas para socorro del enfermo; pero no remitiendo la fiebre se resolvió Juan Diego el martes á ir á *Tlaltilolco* á llamar á algun religioso que administrase á su tío los santos Sacramentos. No podia Juan seguir el rumbo ordinario para *Tlaltilolco* sin pasar por el cerro en que habia visto tres veces á la santa Virgen, y discurriendo que el peligro del enfermo no sufría dilaciones, y que en aquella urgencia debia preferir la misericordia á la obediencia, con una santa sencillez é inocente ignorancia, se resolvió á huir de la presencia de María señora no acercándose al sitio en que se le habia aparecido. Dexando pues el rumbo por donde habia de subir á la cumbre del montecillo por la parte del oriente, tomó otra senda baja, cerca de la falda del cerro, caminando por el rumbo del mediodía cerca del lugar en que mana una fuente de agua (4), que hasta en el día se conserva. Caminaba Juan apresurado,

sin atreverse á levantar los ojos ácia la cumbre; pero, cuando iba mas satisfecho de haber escapado de aquel dulce y sagrado estorbo, le salió al encuentro María santísima sin dejarle otro arbitrio que arrodillarse humilde y avergonzado para escusar su fuga con la causa ya dicha de atender al espiritual socorro de su tío. "No temas (le dixo la reyna del cielo) y está seguro de que tu tío Juan Bernardino en este mismo punto está ya enteramente sano." Conmovido Juan Diego con este anuncio pidió á la Señora que le diese la señal que habia de llevar al obispo en confirmacion de su embajada. Mandóle entonces la Madre de Dios que subiese á la cumbre del cerro en que la habia visto y hablado; que cortase las rosas que allí hallaría; que las recogiese en su tilma y se las tragera. No ignoraba Juan que en aquel lugar, en todo tiempo estéril y solo fecundo de abrojos y espinas, no podia haber flores en el rigor del invierno; pero pudiendo mas su fe subió á la cumbre en donde halló multitud de olorosas y frescas flores que recogió en su tilma y llevo á la Virgen María. Tomólas la Señora con aquellas manos depositarias de la Omnipotencia, cuyo contacto puede convertir en

fragantes rosas las punzantes espinas, y volviéndolas á poner en la manta de Juan le dijo: "Estas flores son la señal que has de llevar al obispo; no muestres á persona alguna lo que llevas, ni desenvuelvas la tilma sino en presencia del obispo á quien dirás, que ya le envío la señal que ha pedido, que cumpla luego con la fábrica del templo que le he ordenado."

Lleno de cuidado, é igualmente penetrado de júbilo, se encaminaba á gran prisa Juan Diego á casa del Prelado: llegó á ella, y pidió con instancias á los criados que le avisasen y le pidiesen audiencia. Negáronse á sus repetidas instancias, y observando que Juan recataba y escondia algo en su tilma, impaciente su curiosidad por registrarlo, primero con persuasiones y despues con violencia le hicieron estender algun tanto la tilma, en la que descubrieron cantidad de flores. Representabanse estas á sus ojos verdaderas; pero cuando querian saciar su curiosidad por el tacto, se persuadian á que se habia engañado su vista no pareciéndoles sino unas rosas ó pintadas ó texidas en la manta.

Movidos de este extraordinario suceso avisaron al V. señor Zumárraga de la ve-

nida del indio, y de lo esquisito de las flores que traia. Introducido Juan á su presencia refirióle cuanto habia pasado desde el domingo, la aparicion y mandato de la Señora de que volviese allí el lunes siguiente para darle la señal que pedía; la enfermedad de su tio, causa de no haber obedecido puntualmente; su salida con destino de ir á *Tlaltilolco*, y el nuevo rumbo que tomó por huir de la Virgen; la aparicion de la Señora á pesar de su fuga, y las dulces palabras con que le habia mandado que cortando aquellas flores en el cerro, y recogiénolas en su manta significase al obispo, que aquella era la señal por la que habia de conocer que era su voluntad que se le fabricase en aquel sitio un templo. Dijo, y desplegando los dos extremos de la tilma arrojó sobre una mesa cercana muchas olorosas y frescas flores, manifestándose al mismo tiempo estampada en su tosco *Ayate* la santa hermosa imágen que hoy se venera en su santuario de Guadalupe de México. Quales fueron entónces la sorpresa, el asombro, los afectos de veneracion y de piedad que ocuparon los ánimos del obispo y demas circunstantes, es mas fácil contemplarlo que decirlo. Mantuviéronse no poco tiempo suspensos y casi absortos; mas

al fin, cediendo el pasmo y la admiracion á la reverencia y á la devocion, desató el señor Zumárraga el nudo con que traía Juan Diego pendiente del cuello su venturosa tilma, y con el mas profundo respeto la condujo á su oratorio, y de allí á la iglesia catedral, que entónces solo era parroquial, de donde la trasladó despues á la primera ermita que se levantó en *Tepeyacac*.

No se descuidó el prudente prelado en averiguar el portento y las circunstancias de la repentina sanidad de Juan Bernardino. Computóse la hora en que María santísima habia asegurado á Juan Diego la salud de su tio, y este declaró, que en ella misma se le habia aparecido la señora en la forma y trage que representa su imágen; que á su presencia se habia sentido perfectamente sano; y finalmente dixo, que la Madre de Dios le habia mandado refriese todo esto al obispo, previéndole de su parte la edificacion de casa y templo en el sitio señalado por su sobrino, y que queria que su milagrosa imágen se llamase *María de Guadalupe*.

Este es en compendio el portentoso suceso de la aparicion Guadalupeña, que ha llenado al mundo todo de asombro, y

ha sido para la América un fecundo manantial de beneficios (5). Comenzó desde entónces á ser el dulce objeto del amor, de la devocion y de la confianza de Méjico, y á la manera de aquellos rios que, mientras mas se alejan del origen y manantial en donde nacen son mas caudalosos y abundantes de aguas, la devota piedad ácia nuestra imágen se aumentó mas y mas en la dilatada carrera de dos siglos y medio; pero como el curso de los tiempos, aunque no entibiase la devocion arrebatava con la muerte á aquellos testigos oculares ó coetaneos á la aparicion, cuyo testimonio conservaba firme su memoria, ocurrió la prudencia á buscar en las escrituras auténticas un mudo, pero seguro testigo que afanzara su verdad en las edades venideras. Comenzáronse despues de un siglo á solicitar con mas empeño estos preciosos documentos: registraronse cuidadosamente los públicos archivos; conspiraron la curiosidad y la erudicion á reconocer antiguos papeles; pero á pesar de sus esfuerzos quedaron burladas sus diligencias sin poder hallar las informaciones, que sin duda se creía formaría el V. Zumárraga para autenticar este milagro. Recurriose á los antiguos historiadores, ó coetaneos, ó inmediatos á aquel

tiempo, y tampoco se encontró en ellos noticia clara é individual del prodigio. Estos dos puntos, aquella falta y este silencio, han servido siempre, aunque no de tropiezos á la piedad, de motivos de un amargo sentimiento. Nosotros, antes de esponer los solidísimos fundamentos en que se sostiene este milagro, haremos lo que los que caminan por sendas escabrosas y difíciles, que primero quitan los tropiezos y estorbos que retardan sus pasos para proseguir con mas seguridad allanado el camino. Quantos han discurrido sobre la falta de instrumentos auténticos de esta celestial aparicion, suponen como cierto que el señor Zumárraga cuidó de su formacion, y se esfuerzan en alegar razones que hagan verisímil su pérdida. Pero sin apartarnos de este rumbo tan llano, haremos ver primero: que aunque este prelado no hubiera practicado diligencia juridica sobre el portento, ni esta omision arguiría en él negligencia ó descuido, ni serviría de argumento contra su sólida credibilidad, pues cuando se intenta averiguar lo cierto, no yerra quien por diferentes rumbos, aunque opuestos, procura hallar la verdad por medio de lo mas verisímil.

## §. III.

*Pruébase que no haberse hecho información jurídica de este milagro no arguye negligencia en el V. obispo Zumárraga, ni ménos disminuye la fe debida á la aparicion.*

Desde que el divino labrador Cristo Jesus vino á sembrar la semilla de su religion, fueron los milagros el saludable riego por cuyo beneficio nació, creció y se conserva en el mundo el hermoso y dilatado campo de la iglesia santa. Aquella mano omnipotente obradora de milagros sostenía á sus apóstoles para que cultivaran el estéril terreno del mundo á costa de maravillas, y su inagotable virtud se comunicó en los siglos posteriores á los varones apostólicos para que continuaran con portentos sin número el plantío de la fe. No ha habido pais ó region en que se haya plantado esta celestial semilla sin el riego de los milagros: no ha habido siglo alguno que no haya admirado estos portentos, de que están llenas las historias y monumentos de la iglesia. El infalible de los libros santos nos ha conservado la memoria de muchos, aunque no de todos los